

COMENTARIOS A LA CARTA ENCÍCLICA «LAUDATO SI» DEL PAPA FRANCISCO SOBRE EL CUIDADO DE LA CASA COMÚN. SU VISIÓN DESDE DOÑANA Y EL ROCÍO

JUAN CARLOS RUBIO GARCÍA
VICENTE DE JESÚS FERNÁNDEZ MORA

Resumen

Se analiza la encíclica *Laudato si* del papa Francisco en la que por primera vez aparece una posición clara y firme de la Iglesia de apoyo al conocimiento científico, utilizando el cambio global y sus consecuencias para nuestro planeta y la humanidad, como hilo conductor de un discurso dirigido a todos los hombres sin distinción, abordándose los errores del binomio ciencia-tecnología y su manejo por los poderes económicos, con consecuencias desastrosas para la ecología y la prosperidad de los pueblos. La ética ambiental y los valores morales deben regir la relación humana con los recursos ecológicos, ya que su destrucción y sus consecuencias son moralmente reprobables tanto para creyentes como para agnósticos. El ejemplo de la evolución del Rocío y Doñana puede y debe servir como inspirador de buenas prácticas en este proceso de consideración de la Naturaleza a lo largo de la historia, como ámbito en el que se manifiesta lo sagrado y se establecen vínculos humanos presididos por la equidad y la solidaridad.

Palabras clave: *Laudato si*, cambio global, antropocentrismo, panecumenismo, ética ambiental, ciencia y tecnología, pobreza, territorios sagrados, El Rocío y Doñana..

Abstract

This work analyses Pope Francisco's encyclical, *Laudato si*, in which, for the first time, the Church takes a clear and firm position supporting scientific knowledge, utilizing global changes and their consequences for humanity and our planet as a conductive thread for a discourse directed indistinctively to all mankind, addressing the errors of the binomial science-technology and how it is utilized by economic powers, with disastrous consequences for ecology and the prosperity of human populations. Environmental ethics and moral values should govern the relationship between humans and ecological resources, seeing as the destruction of the same and the following consequences are morally reproachable for believers and agnostics alike. The evolution of El Rocío and Doñana throughout their history, should and must serve as a model of inspiration for good practices in the process of consideration for Nature as one of the places in which sacredness is manifest and human connections based on equality and solidarity may be established.

Keywords: *Laudato si*, global change, anthropocentrism, pan-ecumenism, environmental ethics, science and technology, poverty, sacred territory.

JUAN CARLOS RUBIO GARCÍA es doctor en Biología por la Universidad de Sevilla, donde desarrolló su actividad investigadora entre 1979 y 1985, centrada en ecología de ecosistemas litorales y zonas húmedas. Funcionario de la Junta de Andalucía, desempeñando los puestos de director del Paraje Natural Marismas del Odiel y espacios litorales de Huelva (1985-2007) y director del Espacio Natural de Doñana (2007-2013) y actualmente asesor técnico de la Delegación en Huelva de Medio Ambiente. Desarrolla actividad docente en la Universidad de Huelva en el máster de Conservación de la Biodiversidad y ha publicado varios libros y diversos artículos en revistas relacionadas con la ecología y la conservación del patrimonio.

VICENTE DE JESÚS FERNÁNDEZ MORA es doctor en Humanidades y Licenciado en Ciencias Ambientales por la Universidad de Huelva. Ocupó cargos de asesoría técnica ambiental en el Paraje Natural Marismas del Odiel y en el Espacio Natural de Doñana entre los años 2004 y 2014. Actualmente se desempeña como profesor en el departamento de Letras de la Universidad Autónoma de Aguascalientes (México) y ha publicado diversos trabajos y en el campo de los estudios literarios y de la ecología y medio ambiente.



QUIZÁS convenga empezar por el final de la carta para enlazar directamente con la devoción mariana por excelencia de los andaluces, la Santísima Virgen del Rocío, de cuya coronación canónica se cumplen cien años en 2019 y a cuya efemérides parece perfectamente adaptada esta exhortación singular de nuestro queridísimo pontífice el papa Francisco, que la da en su antefirma en Roma, junto a San Pedro, el 24 de mayo, Solemnidad de Pentecostés del año 2015, tercero de su pontificado, sin olvidar que el mismo Papa ha instituido recientemente la fiesta de la Virgen María, Madre de la Iglesia, el lunes del Rocío.

Si buscáramos antecedentes a la línea de pensamiento del papa Francisco en la encíclica, remontándonos exclusivamente a nuestra cultura, nos encontramos con un precioso texto de nuestra tradición literaria medieval, *Los milagros de nuestra señora* de Gonzalo de Berceo, primer poeta conocido en lengua castellana, en cuyo prólogo encontramos una coincidencia maravillosa con el tema tratado por el santo padre y nuestra devoción rociera, pues el autor se presenta como romero o peregrino, que encuentra un apacible prado en el que descansar de su camino, y en el que sus elementos (aguas, flores, pájaros...) son alegorías de la cristiandad y su vinculación con la obra de Dios, y el mismo prado en su integridad es una propia alegoría de María, a quien está dedicado todo el poema. Una sacralización de la Naturaleza como recipiente o depositaria de la sacralidad mariana. Quién sabe si el rey sabio —contemporáneo del escritor— imbuido por la lectura del texto referido, se decidió a erigir una ermita para dar culto a Nuestra Señora de las Rocinas, tras la conquista del Reino de Niebla en 1262, al contemplar embelesado los paisajes de la actual Doñana.

Más tardíamente aparece la tradición del neoplatonismo renacentista y aurisecular que igualmente, en ámbitos bucólicos, campestres y pastoriles, espiritualiza y trascendentaliza la Naturaleza, como escenario para la contemplación mística de las resonancias, permanencias, ecos y ritmos de lo divino en lo físico y material o como marco idealizado para la relación amorosa entre hombre y mujer, que no es más que el primer peldaño para el ascenso hacia la unión con Dios. Hay múltiples ejemplos

en autores profanos como Garcilaso o Herrera, pero, claro, muy especialmente en nuestros poetas religiosos, como el mayor místico español san Juan de la Cruz o el insigne teólogo y poeta fray Luis de León.

Ya el título concentra un mensaje rotundo a los lectores porque pone en conexión directa lo divino y lo humano, centrándose en el cuidado de la casa común que nos fue dada a todos los seres vivientes y de cuya integridad dependemos todas las criaturas sin excepción, destacando el papel del hombre, que por su capacidad es el único ser vivo que llega a relacionarse con otros en una especie de amensalismo peculiar, que causa perjuicios al interactuar con otros sin beneficio propio, e incluso comprometiendo su futuro como especie.

El hombre con desarrollo intelectual y raciocinio, que le permite el análisis de sus intervenciones y la comprensión de sus consecuencias, que ha desarrollado tecnologías con enorme capacidad de transformación del medio ambiente y que sobre todo, dispone de una conciencia que le permite tamizar a través de principios y valores morales sus actos.

La carta se dirige a todos los hombres sin excepción, con independencia de su cultura y creencias, pues todos estamos comprometidos en una causa común y viajamos en el espacio/tiempo en una misma nave de la que dependemos y a cuya integridad nos debemos, haciendo uso de nuestra inteligencia alumbrada por la justicia y la solidaridad. Esta recuperación por la Iglesia del «a todos los hombres» nos devuelve al panecumenismo tan necesario para afrontar los grandes desafíos de nuestro tiempo, las grandes crisis humanitarias y ecológicas, por la vía de la razón, huyendo del sentimentalismo inmanentista.

El nombre que toma el actual Papa se inspira en san Francisco de Asís, a quien elige como guía e inspiración, en un momento de turbulencia mundial en todos los ámbitos, que aconsejaba seguir la senda del santo que consideraba inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior, yendo desde el asombro por la maravilla de la creación a una doble vertiente de vida contemplativa y comprometida con los más necesitados. El controvertido teólogo suizo Hans Küng manifestaba que el sólo hecho del nombre elegido ya es un programa en si mismo, no de dominación y poder, sino de servicio a todos —partiendo de los más pobres— de simplicidad y modestia, que lleva a la esperanza evitando la pompa. A todo ello hay que añadir que es jesuita, con una depurada educación y un profundo sentido de la espiritualidad —a imagen y semejanza de san Ignacio de Loyola— centrada en el discernimiento y el servicio de la persona humana que busca la libertad.

El profesor emérito de historia de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma, el jesuita Josep M. Benítez, manifestó que el actual Papa perfiló claramente su programa de actuación evangélica en su homilía de la fiesta de San José de 2013, desarrollando la idea central de «custodia» de vocación universal, que tiene que ir a favor de la realidad, «a favor de todo lo creado», de la gente y de los más pobres, de la familia, de la vida, de la amistad y de nosotros mismos, como un estímulo de la bondad, ternura, paz y reconciliación universal.

Quizás el origen latinoamericano del Papa le haya impregnado de aportaciones de la Teología de la Liberación, de tan amplio arraigo y desarrollo por tierras de desamparados, en conflicto permanente con los poderes de la Iglesia, en la que «especialmente Leonardo Boff, en su libro *Ecología grito de la Tierra, grito de los pobres*» aúna indisolublemente esa maravillosa prioridad ética por los pobres, con la urgencia ante la degradación planetaria, en base a ese Cristo Cósmico —que adelantara Theilhard de Chardin— del que habla el teólogo brasileño, que en palabras de Ricardo Rozzi se dedica en cuerpo y alma al trabajo con los más pobres y la conservación del medio ambiente, integrando ecología, misticismo y liberación.

El título de la Encíclica enlaza directamente con el Cántico a las Criaturas que alababa al Señor por su generosidad creacional, invitándonos el Santo Padre a una reflexión profunda que nos aleje del sentido de propiedad y dominio sobre la Tierra y sus recursos —origen de un antropocentrismo despótico que en el ámbito de la Iglesia se ha derivado de una interpretación literal y errónea del Antiguo Testamento— que tanto daño han hecho al medio ambiente a lo largo de la historia y que se acusa con especial virulencia en el último siglo. Esas actitudes de meros dominadores, consumidores o explotadores, sin poner límite al interés inmediato, sin recapacitar en las consecuencias, compromete el futuro de las generaciones venideras, en un ejercicio de egoísmo e insolidaridad execrable. La actitud de demiurgo del hombre actual destruye la armonía natural, olvidando los derechos y deberes de la humanidad sobre la Tierra y obviando que la destrucción de la naturaleza y sus consecuencias es moralmente reprobable tanto para los creyentes como para los agnósticos.

La revolución espiritual del santo de Asís consistió en una visión cristiana alternativa de la naturaleza y su relación con el hombre, sustituyendo la idea de la autoridad humana sin límites sobre la creación, por la igualdad entre todas las criaturas, incluyendo al hombre, que deja de ser monarca para integrarse en una democracia de todas las criaturas de Dios.

Lynn White —que estimuló el desarrollo de estudios culturales, filológicos y teológicos que contribuyeron a la constitución de «la ética ambiental» como una nueva subdisciplina de la filosofía— publicó en 1967 en la revista *Science* el artículo «Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica», destacando el papel jugado por el cristianismo en el impacto sobre el medio ambiente en el mundo, culpándolo de ser el origen de alguna manera de la crisis ambiental, que tiene causas inmediatas o próximas, como la superpoblación, contaminación y sobreexplotación de los recursos y causas últimas, las creencias que tenemos respecto a quiénes somos los seres humanos, cómo es la naturaleza y cuáles son los modos virtuosos de habitarla. Lo que las personas hacen con su ecología depende de lo que piensan acerca de ellos mismos en relación al mundo que los rodea y de las creencias en relación con su naturaleza y destino, es decir, por la religión. El cristianismo en su evolución y en contraste con el paganismo antiguo, estableció un dualismo entre el hombre y la naturaleza que justificaba su explotación para su propio beneficio; huyendo del animismo se hizo posible la explotación de la naturaleza con total indiferencia hacia los sentimientos de los objetos naturales físicos y biológicos.



Caballos y aves silvestres conviven placidamente frente a la aldea del Rocío

Sin embargo White reformulaba y corregía esta teología nociva, enlazando con tradiciones cristianas milenarias —como los textos del profeta Daniel— y huyendo de los peligros de la unión del poder y la ciencia

advertidos por Aldous Huxley en sus críticas de la sociedad contemporánea, proponiendo un cambio de conciencia, surgido desde los valores más profundos del cristianismo, que personificaba en el ejemplo excepcional de San Francisco, que permitiera una alternativa viable para buscar una solución al desastre ecológico, al margen de la ciencia y tecnología, que son sus principales causantes, huyendo del credo Baconiano de que el conocimiento científico significa un poder tecnológico sobre la naturaleza que debe llevar a la sociedad a su dominio.

El asombro ante la maravilla de la naturaleza no puede describirse exclusivamente con lenguajes de las ciencias, debiendo abrirse la ecología integral hacia otras categorías que nos conecten con la esencia de lo humano. A través de la grandeza y belleza de las criaturas y del barroquismo de lo natural, con una enorme diversidad de especies que se relacionan en un entramado complejísimo, puede adivinarse la mano de Dios, o como diría San Francisco, «se conoce por analogía al autor». La ciencia y la religión, que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden y deben entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas, siendo posible la síntesis entre fe y razón, de forma que la doctrina social de la Iglesia además de establecer un compromiso con el evangelio y los pobres, incorpore un compromiso con la ecología que forme parte de los principios de la fe de los cristianos, para que no se repitan en nuestros días y en este ámbito controversias como las de Copérnico en su descripción del cosmos o la de Darwin en los procesos naturales y la evolución.

Es curioso que posiciones tan distantes como las defendidas por la doctrina de la Iglesia y destacados científicos como Stephen Hawking —que claramente pensaba que no existían razones para la existencia de Dios— pudieran coincidir en algo tan esencial como el amor, móvil fundamental para la creación del universo por parte de Dios en los creyentes, y cuya verdadera importancia radica en ser el espacio que contiene lo amado para el astrofísico recientemente desaparecido.

Esta obligación moral del respeto al medio ambiente y del cuidado de los recursos que pertenecen a toda la humanidad actual y venidera, surge con fuerza en la encíclica como novedad que inspira a los cristianos, marcando un camino que debe seguirse en todas sus actividades y manifestaciones, después de los pasos iniciados por san Juan Pablo II que proclamó patrono de la Ecología a San Francisco de Asís el 29 de noviembre de 1979. En el caso concreto del Rocío, parece que el trabajo de los últimos años para conseguir con educación ambiental nuevas actitudes de los romeros durante su peregrinar, que devuelvan a la romería

su ancestral comunicación con lo natural, está perfectamente inspirado ecológica y moralmente, según se desprende de lo expresado por el papa Francisco.



Celebración de la Santa Misa en el camino

El primer acercamiento serio de la Iglesia al movimiento ecologista, tan necesario en los tiempos que corren, se produjo en Asís en 1986, donde la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN) y el Fondo Mundial para la Vida Silvestre (WWF) —curiosamente nacido para la realización de una cuestación internacional destinada a la conservación de Doñana, donde posee Reservas Biológicas y una oficina permanente, dedicada al estudio y salvaguarda patrimonial de sus recursos— trataron de establecer mejores relaciones entre las organizaciones ambientales y los grupos religiosos, centrándose en cinco religiones: Cristianismo, Judaísmo, Islamismo, Hinduismo y Budismo. Este encuentro puso especial énfasis en el ejemplo del santo para orientar el cambio de mentalidad necesario para poder abordar la crisis ecológica. En 1987 WWF comenzó la publicación de *The New Road: The Bulletin of the Conservation and Religion*, que ayudó a desplazar el debate de cuál es la religión culpable de la misma a qué pueden hacer las religiones para ayudar a superarla.

La educación ambiental nacida en España de la mano de los trabajos con escolares en Doñana, que tan buenos resultados ha propiciado en un cambio de mentalidad de la población circundante, que cada vez se

identifica más con la necesidad de conservar el patrimonio natural heredado de nuestros mayores, que se ha convertido en la actualidad en una fuente de recursos socioeconómicos fundamentales para la sociedad, tiene precedentes en dos escuelas de principios del siglo XX que confluyen desde presupuestos divergentes. La primera creada por Giner de los Ríos —La Institución Libre de Enseñanza— que se inspira en una mirada hacia la naturaleza de la que se puede obtener una enseñanza de forma integral, desde posiciones agnósticas moralmente irreprochables y la segunda creada por Manuel Siurot, pedagogo y maestro de niños pobres, a los que se dedicó de forma altruista durante toda su vida de laico comprometido con la Iglesia y vanguardista de la educación, que extrajo de su fe y devoción a la Santísima Virgen del Rocío, un apego especial a la naturaleza y sus enseñanzas.

Los dos personajes se adelantaron a su época en la comprensión de la esencia de la educación como un arma revolucionaria para conseguir un avance de la sociedad en la que vivían, así como en extraer de lo natural unas enseñanzas fundamentales para el bienestar y la prosperidad de los pueblos, obviando las diferencias interpretativas de sus distintos orígenes y creencias. Don Manuel Siurot, formó parte de la comisión para la coronación en 1919 y fue uno de los distinguidos portadores de la Virgen durante el acto, prodigándose en publicaciones y artículos periodísticos sobre la efemérides y ha pasado a la historia rociera como uno de sus más preclaros valedores. Su intachable vida de entrega a los demás ha dejado una huella imborrable en Huelva que lo reconoce como uno de sus hijos más amados.

«Si el hombre se siente íntimamente unido a todo lo que existe, la sobriedad y el cuidado brotarán de modo espontáneo», según palabras del Papa. Esto es lo que ocurre en los denominados territorios sagrados, que estudia y analiza la iniciativa DELOS de la UNESCO, al comprobar que existe una red mundial de lugares privilegiados de naturaleza, relacionados con diferentes cultos religiosos. La identificación de la devoción en un determinado emplazamiento de características ecológicas destacadas, provoca un celo especial en su conservación integral a lo largo de la historia, tendiendo las intervenciones humanas en el mismo a su sostenibilidad, generándose una cultura conservacionista en paralelo al culto religioso.

Como paradigma de este proceso a nivel andaluz, español, europeo e internacional, aparece el binomio Rocío-Doñana, que no puede entenderse más que de forma integral, en relación con un proceso histórico de siglos, que ha permitido que un territorio en los confines de lo culturizado haya evolucionado —de la mano del culto religioso y la explotación de

unos recursos naturales abundantísimos por las poblaciones periféricas hacia un santuario de devoción mariana, centro de gravedad de otro santuario natural que ha mantenido su enorme riqueza hasta nuestros días.

Esta evolución de un territorio tan antiguo como el nuestro, ha permitido a lo largo de la historia una especie de sincretismo cultural y religioso, que descubre las manifestaciones de lo divino en lo natural, pasando de posicionamientos panteístas ancestrales en los que se identificaba la divinidad con la naturaleza, al desarrollo de concepciones de que Dios se manifiesta en lo natural y más recientemente a la aparición de virtudes ecológicas que van más allá considerando que la Naturaleza es lugar de Su presencia, identificando determinados lugares como espacios sagrados.

La evolución de la concepción de la figura de espacio protegido, desde las especies y hábitats, hasta los ecosistemas y su funcionalidad, ha dado en los últimos tiempos un salto sustancial al considerar los socioecosistemas, en los que la actividad del hombre y su propia presencia son la clave de la conservación, y en los que son esenciales aspectos morales o espirituales en el ámbito patrimonial, para llegar a comprender estos territorios numinosos tan atractivos, fascinantes y misteriosos.



La Hermandad del Rocío de Sevilla por los caminos

La novedad del reconocimiento por la UNESCO de los patrimonios intangibles en el ámbito de su lista de Patrimonio Mundial, tiene en el

caso que nos ocupa un precedente significativo, adelantado a su época, en las manifestaciones que hacía sobre el Rocío Juan Francisco Muñoz y Pabón en su artículo «La pelota está en el tejado», publicado el 25 de mayo de 1918 en *El Correo de Andalucía*, en el que proponía la coronación canónica de la Virgen del Rocío —que se produjo un año después— y en el que manifestaba que «había que declarar el Rocío Monumento Nacional Intangible para que los venideros lo heredasen, tal como nosotros lo hemos recibido». Como escritor destacó su obra regionalista plagada de referencias a la tradición franciscana de amante de la Naturaleza —lo que era inevitable por su origen hinojero— y defensor de los pobres y oprimidos en una sociedad tan jerarquizada como la andaluza de la época.

Generaciones de rocieros y devotos del entorno inmediato a Doñana en un principio, de poblaciones más importantes de la comarca a continuación y de toda Andalucía la Baja después, han vivido alrededor de la devoción a la Virgen del Rocío, lo que les ha permitido un retorno periódico a la naturaleza, que ha marcado su peregrinar por la vida. Esa intimidad de sentirse parte indisoluble de ese territorio sagrado, ha convertido la romería en una de las señas de identidad de lo andaluz, trasladando más allá de nuestras fronteras su atractivo, dando lugar a un fenómeno de masas que ha entrado en conflicto con la conservación de la naturaleza e incluso con la autenticidad y espiritualidad de la devoción.

El único Papa que ha visitado el Rocío, hace veinticinco años, san Juan Pablo II, sobrecogido al contemplar desde el balcón de la ermita el fervor de una multitud de devotos, popularizó una frase «que todo el mundo sea rociero», que contiene toda una teología. La peregrinación como constante de nuestras vidas, alimentadas por la hermandad, la solidaridad, la alegría y la espiritualidad, bajo el asombro de la obra de Dios. Este reconocimiento implícito a nuestra idiosincrasia y a la manera de entender la vida y la trascendencia, nos refuerza y fortalece frente a sectores críticos de la sociedad y la Iglesia que tienden a banalizar y menospreciar el fenómeno rociero, al mismo tiempo que nos compromete con el mantenimiento de la devoción como elemento fundamental de la romería, huyendo de actitudes que distorsionen la esencia de la tradición.

Una gran novedad de la encíclica es la defensa a ultranza de la ciencia, asumiendo los mejores frutos de la investigación científica disponibles en la actualidad, posicionándose claramente frente a intereses económicos defendidos por políticas retrógradas y egoístas que solo miran el interés inmediato, hipotecando el futuro de la humanidad, a través del negacionismo de las evidencias. La ecología como ciencia humanista e integradora, siguiendo a su

patrón San Francisco, debe incorporar «el peculiar papel del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea», destacando la relación entre la fragilidad del planeta y los pobres, el fascismo de la explotación de los recursos por los países ricos y sus consecuencias ambientales y bélicas, así como las grandes diásporas que provoca en millones de personas que viven en la miseria y la inseguridad, dejando en evidencia en los últimos tiempos a Europa como paradigma de la democracia y la solidaridad, aflorando de nuevo ante la masiva llegada de emigrantes los más bajos instintos presididos por la xenofobia y el egoísmo, olvidando un pasado relativamente reciente de guerras y calamidades.

Las relaciones norte-sur se contabilizan hipócritamente con la deuda externa de los pobres hacia los ricos, que imposibilita su despegue hacia posiciones más favorables de sus pueblos, obviando la deuda ecológica de sentido contrario nunca satisfecha por los ricos, que deprime cada vez más a los pobres. Este cinismo del primer mundo auspiciado por orientaciones políticas populistas y facistoides provoca cada vez más una brecha y una distancia insalvable, que nos precipita a un aumento progresivo de la inequidad planetaria. Este proceso puede analizarse también en sociedades desarrolladas, controladas por poderes económicos, capaces de provocar y manejar las recurrentes «crisis» para aumentar los beneficios de unos pocos a cambio de la miseria de grandes sectores de la población.

Tras veinte años de espera se ha publicado recientemente el mapa de la desertificación, que presenta datos incontestables sobre las consecuencias del cambio climático sobre los pobres, que no pueden resolverse con la ocultación del problema por los poderosos y que da lugar a grandes migraciones unidas a las guerras regionales continuas sin reconocimiento de refugiados, auspiciadas y alentadas por terceros países interesados en el comercio de armas o en la explotación de recursos escasos, fundamentales para el desarrollo tecnológico y el mercado. El resultado de todo ello queda recogido en una tira de Andrés Rábago *el Roto* en la que señala satíricamente que «el comercio justo consiste en que Europa envía armamento y África manda emigrantes».

Un ejemplo claro de lo antedicho es el caso del agua, elemento precioso para la humanidad y la naturaleza en todas sus manifestaciones, que en estos momentos es uno de los principales factores limitantes del desarrollo y bienestar del hombre y causa de grandes desequilibrios ecológicos, sociales, sanitarios y económicos. Su abundancia y calidad, así como la contaminación de la misma, condicionan el futuro y la salud de las diferentes sociedades humanas y son causa de fricciones y enfrentamientos e incluso

de guerras. Su uso consuntivo y sin control en agricultura, industria y abastecimiento de las poblaciones está en la base de multitud de conflictos a diferentes escalas, ya sea en regiones planetarias y entre países, como en puntos concretos de la geografía, sirviendo de ejemplo paradigmático el caso de Doñana, que lleva ya casi sesenta años de lucha larvada de diferentes intereses, que un profuso marco normativo de regulación no ha sido capaz de resolver por incapacidad e insolidaridad de unos y otros.



Una panorámica de la Madre de las Marismas en El Rocío

El progreso sin crecimiento, como clave para equilibrar las sociedades humanas y evitar las dictaduras tecnológicas y económicas, debe traducirse en nuevos estilos de vida en nuestro peregrinar por la Tierra, presididos por

la paz, la justicia, la equidad y la conservación de la naturaleza, en un claro paralelismo con el movimiento rociero que ha desarrollado esos principios espontáneamente a lo largo de la historia, consolidando una tradición y una especial forma de relación y convivencia entre los peregrinos y de estos con la naturaleza en la que vivían o por la que transitaban, que han llegado a considerar como parte esencial de sus vidas y sus creencias. La otra cara del problema lo expresa la encíclica con un «no es digno del hombre un desarrollo que no respete y promueva los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y los pueblos», que debe estar acotado por un gravamen hipotecario social y de las futuras generaciones.

El análisis profundo y actualizado que se hace en *Laudato si* sobre el cuidado de la casa común por el papa Francisco, se convierte en un magnífico resumen y en una obra de referencia en el futuro en todo lo relativo al medio ambiente, la ecología, el cambio global, el papel de la ciencia, los conocimientos técnico-científicos y los saberes populares, la espiritualidad y la ética ligadas al bienestar de los pueblos y su solidaridad. Sin duda un libro que se incluirá entre aquellos que marcaron la historia de las ciencias biológicas, como *El origen de las especies* de Darwin, o *La primavera silenciosa* de Rachel Carson y que orienta «una vía de salida hacia una ciencia humanista con horizontes éticos de referencia».

Y por otra parte Doñana y su trabajo de tantos años de pionerismo en campos tan diversos y El Rocío como manifestación universal del peregrinar por la vida de un pueblo cristiano, pueden y deben ser un ejemplo excelente para verificar en la práctica diaria de su espacio sagrado, estos tan antiguos pero a la vez ultramodernos postulados del papa Francisco, que nos deja un texto muy completo y comprometido y lo que es mejor, crítico de ciertas visiones teológico-políticas (tanto desde ciertas interpretaciones torcidas del cristianismo como desde una política secularizada dominada por el mercantilismo neoliberal) que están en la base de la crisis ambiental, cargado de interesantísimas y urgentes cuestiones de primera actualidad que, gracias a su origen latinoamericano, más humano y cercano, esperemos puedan ir tomando puestos de atención en las agendas vaticanas.

Quizás, al conmemorarse el centenario de la coronación canónica de la Santísima Virgen del Rocío, que vino a consolidar definitivamente esta devoción en todo el orbe cristiano y el 25 aniversario de la visita de san Juan Pablo II al Rocío, no nos queda otro remedio a los que peregrinamos anualmente a la aldea y a los que se acogen al amparo de la Señora, a

convertirnos en difusores de las enseñanzas de *Laudato si* y a cumplir fielmente con ellas, haciendo de nuestra romería del Rocío la peregrinación por excelencia del tercer milenio.



La Hermandad del Rocío de Sevilla en el vado del río Quema